

# LA LIMOSNA

En los bolsillos de sus camaradas de oficio y vagabundaje, *Pulgón* acaba de dejar sus últimos centavos y, como la noche se insinúa ya en el horizonte y es imposible encontrar un solo mortal que quiera dejarse embetunar los zapatos, el pillete camina pensativo a lo largo de la avenida.

El almuerzo había sido poco menos que nulo aquella mañana, a causa del maldito juego y las pocas ganancias que le proporcionó el día lluvioso, y su estómago empezaba a reclamar a voces alguna cosa con qué entretener la voracidad de su apetito.

Inútil es que registre sus bolsillos y hurgue en los compartimentos del cajón, entre los cepillos, las ceras y los betunes: los sueldos se han evaporado y el problema de la cena se presenta de difícil cuando no imposible solución.

*Pulgón* se rasca la cabeza y enrolla su oreja derecha, nervioso, preocupado. Por fin toma una resolución heroica y se pasea tranquilamente por las aceras llenas de multitud, a pesca de colillas.

La avenida de Mayo ofrece el espectáculo de sus cafés confortables, profusamente iluminados, desbordando consumidores hasta el cordón de la calle; el tráfico endiablado de los carruajes que se cruzan, persiguiéndose como un desfile interminable; la aglomeración de transeúntes que se estorban unos a otros; el vértigo de las urgencias y el vocerío estridente y confuso de los vendedores de periódicos, que pregonan los diarios de la tarde, comentando a su gusto las noticias políticas y los telegramas del extranjero.

El acostumbra a esperarlo todo de la bendita Casualidad; pero esta vez pasan las horas, la esperada casualidad no se presenta, y el muchacho empieza a sentir un raro movimiento en el vientre, que le habla con elocuencia de la necesidad de comer.

El muchacho, perdido entre la multitud, salvando, esquivando las pisadas para salvar algún soberbio *pucho* indemne de humedad y de lodo, olvida por un momento su angustiada situación.

Las continuas y mudas contemplaciones en los escaparates de fon-

das, panaderías y puertas de restaurantes, agujonean tanto su apetito, que le es casi imposible resistir a la tentación de robar uno de esos largos panes que se alinean en los escaparates y que parecen invitarle; pero él recuerda los días de calabozo sufridos cierta vez por una riña y rechaza la idea con energía.

A las nueve de la noche el hambre se hace insufrible y *Pulgón* se decide a hacer lo que nunca ha hecho, lo que le repugna, lo que está contra sus principios, contra su alma...: va a pedir.

Se interna un poco en las calles menos concurridas y se para frente a una panadería, espiando el momento en que la falta de clientes le permita hacer el sacrificio con menos dolor.

El instante llega y, dando un empuje poderoso a su voluntad, entra en la tienda y quédase parado en medio del despacho sin saber qué decir.

El patrón le interpela secamente entonces:

—¿Qué quieres, muchacho?

*Pulgón* siente que algo cálido le trepa a las mejillas y le cosquillea en las orejas; clava la vista en el suelo y no responde una palabra.

—¿Eres mudo? ¿Qué quieres?— vuelve a preguntarle el patrón brutalmente.

Entonces *Pulgón* no puede más: gira sobre los talones y hecha a correr.

Ya en la calle, se enoja consigo mismo, pateando el cajón, se tira con furia del cabello y acaba por marchar en busca de otra panadería, decidido esta vez a pedir inmediatamente.

—Buenas noches... ¿Quiere darme un poco de pan?— pide *Pulgón* con voz temblona al entrar, pero sin imploraciones en los ojos.

El patrón le mira con recelo, coge un cuchillo y le dice, despidiéndole de mala manera:

—Bueno... y largo de aquí ¡eh!

*Pulgón* mira la mísera rebanada, encara al patrón con desenfado, arroja el pan con desprecio y le grita al salir:

—¡Judío agarrado... me la va a pagar!

Y el pillete sale a la calle con el pecho lleno de rencores; es la pri-

mera vez que se siente ofendido realmente, y quiere vengarse.

Ahí cerca, al pasar, *Pulgón* recuerda haber visto un andamiaje, y en seguida una idea diabólica germina en su cerebro: va al lugar, elige una piedra lo bastante grande para ser arrojada por sus manos diestras, pero débiles, y con una sonrisa en los labios llena de maldad, se encamina a la panadería.

Poco después el costoso cristal del escaparate saltaba hecho añicos, y *Pulgón*, olvidado ya de su hambre, sonreía entre la multitud y redoblaba con su cepillo sobre el pintarrajeado cajón que le proporcionaba el pan cotidiano.

ALEJANDRO SUX.

## IDOLATRÍA

La idolatría no es hábito que se adquiere por contagio ni porque el ambiente predisponga para ello al individuo. No es una segunda naturaleza, sino que es innato en la naturaleza misma de los individuos dóciles, incapaces de llegar a fuerza de querer al sitio donde está lo que constituye su admiración.

La idolatría es una acepción de los seres incapaces para crear algo. Es patrimonio del rebaño que sin pastores no va a ninguna parte.

Y esto es lo que en las ideas ha hecho defraudar muchas esperanzas. Los enfermos de idolatría son los que han ahogado siempre las aspiraciones de los buenos. Se admira a un caudillo que hace punta en todas las iniciativas, sin tener en cuenta si es sincero y si está capacitado para ello. Se obedece al individuo, no a la obra. Si un charlatán profiere cuatro gritos y relata historias fantásticas; si un matón ha muerto a dos o tres, y les mira fuerte, ya está el idólatra besándole los pies y el rebaño implorando milagros.

Y es así, señores: estos anémicos en iniciativas, estos flacos de espíritu, son quienes nos tienen enredados todavía en los preliminares de una acción eficaz que empuje a la realidad nuestras aspiraciones.

La idolatría, el rebañismo, son el obstáculo que se interpone en nuestra ruta. Eliminar obstáculos es nuestro medio; bueno: el idólatra es uno de ellos y hay que hacerle a un lado o pisotearlo.

Hombres buenos se pervierten cuando son elevados a la categoría de ídolos: éstos son el efecto; la causa: los que sin guías no van a ninguna parte.

ERNESTO LAGARTE.